

superficiales. Ven que por lo comun no saben sino aquellos oficios caseros á que están destinadas, y de aquí infieren (aun sin saber que lo infieren de aquí, pues no hacen sobre ello algun acto reflejo) que no son capaces de otra cosa. El más corto lógico sabe que de la carencia del acto á la carencia de la potencia no vale la ilacion; y así, de que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento para más.

Nadie sabe más que aquella facultad que estudia, sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que la habilidad no se extiende á más que la aplicacion. Si todos los hombres se dedicasen á la agricultura (como pretendia el insigne Tomas Moro en su *Utopia*), de modo que no supiesen otra cosa, ¿sería esto fundamento para discurrir que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los drusos, pueblos de la Palestina, son las mu-

eres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer y escribir; y en fin, lo poco ó mucho que hay de literatura en aquella gente, está archivado en los entendimientos de las mujeres, y oculto del todo á los hombres, los cuales sólo se dedican á la agricultura, á la guerra y á la negociacion. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrian sin duda las mujeres á los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mujeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre el mismo fundamento (\*).

(\*) Entre los dos extremos, de omitir el presente discurso en defensa de las mujeres, ó darlo integro, á pesar de su mucha extension de 160 párrafos, hemos preferido dar esta parte, la más principal de él. — V. de la F.

## GUERRAS FILOSÓFICAS.

### § I.

Aquel gran mofador de los filósofos, Luciano, apenas los saca alguna vez al teatro de la disputa, en sus *Diálogos*, que no los represente pasando prontamente de las razones á las injurias. Poco nos doliera el gran abuso de substituir á los silogismos los dicerios, si se hubiera quedado en el siglo de Luciano; pero la lástima es que no se remedió el mal; antes cobró mayores fuerzas con el tiempo. Comparó Claudiano el espíritu de un hombre sabio á la cumbre de el Olimpo, que, superior á las nubes y á los vientos, nunca es inquietada de tempestades (1):

*Ut altus Olympi  
Vertex, qui spatio ventos, hiemesque relinquit,  
Perpetuum nulla temeratus nube serenum.*

Si esta es la señal de los sabios, fuera están de la clase tantos filósofos, cuyas contiendas más parecen borrascas que disputas; en cuyos escritos á cada paso se leen las acusaciones de ignorancia, de rudeza, á veces tambien de impiedad, en sus contrarios.

La falsa persuasion en que cada uno está de la verdad de su secta, tiene en gran parte la culpa de este abuso. Cada uno, dice un autor moderno, juzga sus conclusiones tan invenciblemente demostradas como los elementos de Euclides. De aquí es el furor é indignacion contra los que las impugnan: *Unusquisque illorum conclusiones suas æquè certò, ac firmiter, ac Euclidis elementa, jam demonstratas esse arbitratur, unde rancor, et indignatio, si quod contra delectum semel sistema afferatur* (2).

Con exceso hiperbólico encarece el mismo autor, en otra parte, las iras de los que disputan en las aulas pú-

(1) In Panegy. Manlii Theodoretii.

(2) Auctor Observ. Select. ad rem. literar. spectantium, tom. II, observ. 1.

blicas: *Veritas, quam querunt, triumphos vult agere; hoc ut fiat, alios vult vincere; inde clamores, rixæ, damnationes, ignes, gladii, et ipsæ furia infernales* (3). En nuestras escuelas católicas no notamos estas rabias: tal vez se escapa una ú otra palabra ofensiva; tal vez con el orgullo del que disputa, es lastimada algo la modestia; pero siempre se abomina, como monstruo de la aula, si en algun caso raro llega á aquellas extremidades la ira.

En los escritos es donde verdaderamente se ensangrientan los filósofos: dentro de su estudio cada uno trata á su contrario como quiere; da á la pluma toda la licencia que le dicta la pasión propia, ó porque se considera en un tribunal donde es juez único para la sentencia, ó porque le falta el freno, que hay en la disputa personal, de ver delante de sí quien acuse la inmodestia y quien repela la injuria; como si en las lides del entendimiento no fuera tambien desdoro de la generosidad dar por las espaldas la herida, ó aprovecharse de la ausencia del enemigo para la ofensa.

### § II.

Esta destemplanza estuvo más disimulada, ó más corregida, hasta que, despues de apoderarse Aristóteles de las escuelas, el empeño, ya de mantenerle en el trono, ya de derribarle, en unos y otros enfervorizó demasadamente los ánimos. La posesion pacífica, que por poco más de doscientos años (empezando á contar desde cerca de los fines del siglo decimotercero) obtuvo Aristóteles en el dominio de la república literaria, autorizó, á su parecer, bastantemente á sus sectarios para proceder, digámoslo así, á sangre y fuego contra los primeros que se opusieron á la doctrina de este filósofo. Tratábase como delito grave, dice el autor citado arriba, apartarse

(3) Tom. I, observ. 10, § 17.

de ella en cualquier punto: *Piaculum erat asserere quidquam, quod non antea asserisset Aristoteles* (1).

El primero y el que más experimentó el rigor de los aristotélicos fué Pedro de el Ramo, profesor parisiense, hombre de ingenio pronto, alegre y fértil, que en el colegio de Navarra tomó sobre sí el empeño de defender en conclusiones públicas las contradictorias de cuantas proposiciones aristotélicas le propusiesen los arguyentes. Pero la felicidad con que salió de tan ardua empresa fué funesta para él; porque, encendiéndose la emulacion de sus contrarios, le ocasionó varios reveses de fortuna, precipitándole, en fin, en el partido de los hugonotes, y murió con ellos en la célebre matanza de la noche de San Bartolomé, con tales circunstancias, que más pareció víctima del furor aristotélico, que del celo católico. Los discípulos de Carpentier y de otros profesores enemigos suyos, sacándole de una cueva donde se habia escondido, despues de darle muchas heridas, le arrojaron por una ventana, y no bastó, para saciar la ira de los matadores, ver que al golpe saltaron las entrañas de su cuerpo, sino que le arrastraron azotándole por las calles, donde quedó el cadáver dividido en varios trozos.

Pareció luego contra Aristóteles fray Tomas Campanela, dominicano, natural de la Calabria, no con mucha mejor fortuna, ó ya porque en aquel tiempo cualquiera que contradecía á Aristóteles se hacia sospechoso en la fe, como él mismo se queja amargamente en una carta escrita á Gasendo, ó ya porque la grande, pero mal reglada, viveza de su discurso, le hubiese arrebatado á proferir algunas proposiciones dignas de severo exámen, ó ya porque la odiosa intrepidez de su genio en la disputa hubiese incitado contra él muchos y poderosos enemigos. De hecho él fué preso por el santo tribunal de la Inquisicion, y detenido en la prision veinte y cinco años, hasta que de órden del papa Urbano VIII salió de ella. Son muchos los que le creen inocente. En realidad sus obras filosóficas, en dos tomos de á folio, corren, aunque no las pude ver mas que de paso. Sólo está prohibido por la Inquisicion de España un libro suyo, impreso en Francfort el año 1632. Posible es que no sea suyo, aunque tenga su nombre, ó que los herejes hayan introducido en él alguna venenosa doctrina. Su sentencia filosófica singularísima fué conceder sentido y percepcion á las plantas (2).

Este autor nos trae á la memoria un ejemplo célebre de la suma reverencia que tenían algunos aristotélicos de aquel tiempo á su maestro, y de la ira y desprecio con que trataban á los que se desviaban de su escuela. Haciendo mencion Guillelmo Duval, médico de la facultad de Paris, de la sentencia dicha, que atribuye

(1) Tom. III, observ. 14.

(2) En el *Suplemento de Moreri*, impreso el año de 1735, se lee que Campanela estuvo encarcelado veinte y siete años; mas no en la Inquisicion ni por la Inquisicion. Tengo ahora sus *Obras filosóficas* en dos tomos gruesos en folio, y en las dedicatorias de uno y otro, hablando de su prision, sólo se queja de el ministerio de España, aunque dando á entender que sus émulos engañaron al ministerio. Así dice en la de el primero: *Siquidem postquam me decepta crucifixit Hispania, non digna referens iis, que pro illa scripsi. Hæc esto relacion á un escrito que sacó á luz á favor de el derecho de el rey de España á las tierras de el Nuevo Mundo. Y er la*

instinto y sentimiento á las plantas, prurimpe contra Campanela en estas furiosas palabras, que traduzco fielmente del idioma frances, como las cita el abad de Vallemont (3): «Estos son los mismos dogmas de los maniqueos, que ha querido loca y temerariamente renovar no sé qué nuevo filosofastro desvergonzado, calumniador del grande Aristóteles y enemigo jurado del peripatetismo, fray Tomas Campanela, dominicano. Este es el vil y despreciable Marsias, este el pigmeo, el Faeton, el buho, el murciélago, el hablador despropositado, que se levanta contra el sapientísimo Aristóteles; esto es, contra el Apolo, el Hércules, el Edipo, el sol, el príncipe soberano de la filosofía.»

La invectiva está graciosa cuanto cabe. El error de los maniqueos no fué sólo decir que las plantas tienen alma sensitiva, como decia Campanela, ni aun sólo alma racional, mas tambien divina; y así, llamaban á las plantas miembros de Dios. Es verdad, que algunos autores atribuyen á los maniqueos la sentencia de Campanela; pero san Agustin, que supo mejor que todos, los errores del maniqueismo, los explica en el sentido dicho (4); y así, no tiene que ver la sentencia de Campanela con el error de los maniqueos. Mas suponiendo, como quiere el médico Duval, que Campanela hubiese caido en el delirio de aquellos herejes, ¿no es cosa admirable que se enfurezca con él, no tanto por oponerse al sentir de la Iglesia y al dictámen del Espiritu Santo, cuanto por contradecir á la doctrina de Aristóteles? Tanto puede en algunos autores la ciega pasión por la escuela que siguen.

Pero cuando tronó con más fuerza la cólera de los aristotélicos fué al verse atacados por los tres partidos de cartesianos, gasendistas y maignanistas. Sobre Descartes, así como halló más sectarios su sistema, cayó tambien la mayor parte del nublado. Son innumerables los escritos donde se ve tratado de loco, temerario, delirante, hereje y aun ateista. Ni faltó para Gasendo y Maignan su pedazo de tempestad. El doctísimo maestro Palanco, en la obra que escribió sobre esta materia, comprendiendo á todos tres jefes, juntamente con sus secuaces, debajo del nombre genérico de atomistas, los trata muchas veces de gente ruda, de corta capacidad y grueso modo de entender. Y á fe que no tiene razon.

Yo estoy bien hallado con las formas aristotélicas, y á ninguno de los que las impugnan sigo. Pero tratar de rudos á Descartes, Gasendo y Maignan, es hacerles una gravísima injusticia. Gasendo fué dotado de nobilísimo y clarísimo entendimiento. Apenas hay hombre sabio que no le colme de altísimos elogios. Leon Alacio grádua de admirables sus escritos. El docto jesuita Renato Rapin dice que nadie puede alabar bastantemente á Ga-

de el segundo: *Siquidem cum apud ingratos Dominos in ergastulis degerem, Deus, cujus nutu omnia fiunt atque ordiantur, me tanto tempore teneri voluit, quantum sufficeret ad scientiarum omnium instaurationem, quam præconceperam, Deo duce; nec tamen in vulgari prosperitate, aut extra solitudinem, perficere potuissem. De este pasaje se infiere claramente, que sus escritos filosóficos no causaron su prision, pues dentro de ella los compuso. Así corregimos lo que en cuanto á esta parte hemos dicho de Campanela, guiados por el *Diccionario de Moreri*.*

(3) *Curiosités de la Nature, et de l'Art*, tom. I, fol. m. l. 58.

(4) *De moribus Manichæ*, lib. II, et in psalm. 140, et alibi.

sendo, y que ningun filósofo de la antigüedad escribió tanto con tanta solidez. Gabriel Naudeo, que nadie puede contemplarle sin asombro. Maignan está reputado en todas las escuelas por varon de muy singular agudeza; y Descartes (de cuyas opiniones estoy mucho más distante) fué de ingenio exquisitísimamente desembarazado y sutil, ventaja que no le niegan los que mejor penetraron é impugnaron su doctrina. El ilustrísimo y doctísimo prelado Pedro Daniel Huet, impugnador de Descartes, en su libro *Censura philosophiae cartesianae* (1), le confiesa gran capacidad, agudísimo ingenio y amplísima comprehension, llegando á decir que sólo puede negar que Descartes fué un grande y excelente varon, el que careciere ó de vergüenza ó de conocimiento. Estas son sus palabras: *Atque de eo quid sentiam, si quis ex me quaerat, iterum dicam magnum fuisse, et excellentem virum: quod qui negaverit, carebit is ulique, vel usu rerum, vel pudore. Fuit enim ad penetrandas res, à natura reconditas, ingenio acriter et peracuto. Adjuncta erat eximia vis, quae non obrueretur multitudinem rerum, nec meditationis continuatione frangeretur; tum et ingens capacitas et amplitudo, quidquid libuisset facile complectens.*

El testimonio de este insigne prelado, que fué sin duda uno de los hombres de más profunda y vasta erudición que tuvo el pasado siglo, bastará para desengañar á infinitos semiescolásticos de nuestra España, que, sin leer á Descartes, ó sin entenderle si le leyeron, le tratan con sumo desprecio, hablando de él como de un fatuo; y juntamente podrá servir de ejemplo á los bien intencionados, para impugnar la doctrina, sin ofender la persona.

## § III.

No con mayor benignidad, ó no con menores iras, proceden contra Aristóteles los anti-aristotélicos, que los aristotélicos contra ellos. El padre Malebranche, cartesiano, aunque, por lo comun, en sus escritos observa la exacta modestia correspondiente á su notoria y resplandeciente virtud, llegando á hablar de Aristóteles, trata generalísimamente todos sus argumentos de ineptos, vanos, absurdos, y toda su doctrina de un farrago inútil de palabras desnudas de substancia y jugo: *Hoc posito quid sentiendum erit de ratiociniis Aristotelis, quae nihil sunt, quam inanitas, et absurda verborum farrago?* Y poco más abajo: *Totam ineptiam, et absurditatem explicationum Aristotelis circa res quaslibet exponere nemo potest* (2).

Omito otras invectivas semejantes, que se hallan en varios modernos, por decir sólo lo que tiene algo de singular en este género. Entre todos los declamadores contra Aristóteles, nadie igualó el furor de Emilio Parisano. Este autor, en un libro que escribió de *Aristotelis vita et gestis*, juntó cuanto hasta entónces habian dicho contra este filósofo sus contrarios; hizo un dilatado catálogo de todos sus errores, interpretando siempre hácia la peor parte todos aquellos puntos en que está dudosa su mente; y áun, para que abulten más, un mismo error le repite en varias partes. Trátale mil veces de igno-

(1) Cap. VIII, § 4.

(2) Lib. VI, De Inquir. Verit., cap. V.

rante y de ingenio obtuso. ¿Quién no creerá desahogada ya en tanto oprobio la cólera de este furioso médico? Pues todo lo dicho es nada para lo que falta. Pasa de los errores y la doctrina á las costumbres é índole del filósofo, y aquí es donde escupe la más negra ponzoña que puede producir un ánimo exacerbado. Dice y repite muchas veces, que fué el hombre más flagicioso, más infame, más torpe y más ruin que jamás hubo en el mundo: *Igitur Aristotele, nihil flagitiosius, iniquius, impurius, improbum, impiumque magis creatum est.* Llámale enemigo, injurioso é ingrato contra su maestro Platon, contra todos los antiguos sabios y contra sus propios discípulos y amigos: *In divinum magistrum, et antiquos sapientes, unde animi bona omnia, ut in condiscipulos et amicos, ingratus, injurius et hostis.* Hácele cargo, como delito bien averiguado (siendo así que muchos le absuelven de él á Aristóteles), de haber trazado la muerte de su gran bienhechor Alejandro: *Imperatoris, unde cuncta, et ingentia fortunae bona, et maximi honores, trucidator et carnifex.* Trátale de traidor á todo el género humano: *Naturae, et humani generis proditor.* Hay más que decir? Aun más hay. Dice que si se registran todas las cavernas del infierno, no se hallará en todas ellas criatura más malvada que Aristóteles; y que Júdas y el mismo Satanás (ya escampa) pueden, en comparación suya, ser reputados por inocentes: *Ut in inferno nihil eo scelestius reperiri possit: quoniam Jüda, quia Satana nihil ad Aristotelem.* Cabe más? Más cabe, pues concluye diciendo que no sólo es Aristóteles el peor de cuantos hombres existen ó existieron hasta ahora, mas también de cuantos existirán en los tiempos venideros: *Quando inter natos mulierum eo non surrexit peior, et omnium qui fuerunt, sunt, et erunt, nequissimus extiterit.* Esto sí que es saber elogiar. Lo mejor es que, acabado el panegírico, le firma, como haciendo vanidad de él, de este modo: *Parisanus, veritatis amator.* Tales declamaciones más entretienen que irritan; más deben reirse que reprehenderse.

En lo que se sigue de Roberto Flud se observa más mitigada la ira; pero la imaginación áun más desreglada. Pónese este filósofo inglés, muy á sangre fría, á capitular de irreligiosos, y por tanto dignos del más severo castigo del cielo, á todos aquellos que siguen á Aristóteles, en la explicación de algunos naturales fenómenos. Tratando de la formación del relámpago, el rocío y el trueno (3), pretende probar, con funestos ejemplos, que Dios castiga como sacrilego insulto el explicar estos terribles meteoros, según las ideas de el peripatetismo. «Veréis (dice, preparando á los lectores) cómo Dios castiga severamente á aquellos, que siguen la doctrina de este pagano, y filosofan indiscretamente como él sobre la generación del rayo.» Los ejemplos son: el primero de una pobre rústica irlandesa, á quien hizo cenizas un rayo, no por otro delito, que por haber dicho á otra gente, en ocasión de estar tronando, lo que habia oido del modo de discurrir de los aristotélicos sobre la formación del trueno, para aliviarlos algo de el susto. «Así murió, dice, esta infeliz, por haber blasfemado como los peripatéticos.» El segundo ejemplo es de un jóven aris-

(3) Philosoph. mosaic., sect. I, lib. V, cap. II.

totélico, que en semejante ocasión hacia ostentación de su filosofía, diciendo á los circunstantes no ser el rayo otra cosa que una exhalación caliente y seca, elevada de la tierra por el calor del sol, y encendida en la segunda región del aire, en fuerza de la antiperistasis, dentro del seno de la nube. «Estando, exclama Roberto Flud, blasfemando así este impío, cayó sobre él un rayo y le mató, sin tocar en los demas; y de este modo condenó justísimamente la ira divina la sententia de Aristóteles.» Y concluye con una exhortación moral muy patética á los aristotélicos, para que abandonen los impíos dogmas de su maestro: *En et ecce, mi peripatetice christiane, exempla notatu digna, etc.* Todo tiene aire de misión; pero con tales sermones jamás se logrará otro fruto que la risa de los oyentes.

Con muy diferente modo insultó á la filosofía aristotélica el padre Saguens, en el libro que escribió contra el ilustrísimo Palanco, intitulado *Atomismus demonstratus*. No se puede negar que en todo el discurso de la obra procedió el sabio mínimo con toda la modestia y urbanidad debida á su elocuente y religiosa pluma. Solo noto que cantó el triunfo, no sólo ántes de la victoria, mas áun ántes de la batalla; pues ántes de entrar en la disputa, esto es, en la frente del libro, se ve una lámina, donde se representa la antigua filosofía como postrada, y la moderna como vencedora. A un lado está la nueva filosofía representada en la imagen de una gentil y hermosa doncella, y al otro la filosofía aristotélica, derribada en el suelo, en la figura de una arrugada y andrajosa vieja. Ello es pintar como querer. No obstante, no le aplicaremos á la lámina y al libro del padre Saguens aquello de Horacio:

*Credite Pisonis isti tabula fore libram  
Pessimilem, cujus, velut ægri somnia, vana  
Finguntur species;*

porque, aunque lo merece la lámina, lo desmerece el libro. Este es un triunfo de mogiganga, que sólo puede imponer á gente incapaz de conocer el estado de la contienda. En el dibujo de la filosofía aristotélica hay el abuso de pintar la ancianidad como oprobrio; pues la larga edad, aunque á las mujeres las hace ménos atendidas, á las doctrinas las hace más respetables; fuera de que, si el padre Saguens y todos los magnanistas asientan que su filosofía es la misma de Platon, más vieja es que la aristotélica; y así, pintar esta con arrugas, y la platónica sin ellas, viene á ser el yerro que notaba Dionisio tirano de Sicilia en las estatuas de Apolo y Esculapio, que siendo aquel padre de este, la de Esculapio estaba barbada y la de Apolo lampiña.

## § IV.

Al ver combatirse tan furiosamente unos á otros los filósofos, conozco con cuánta razón dijo san Bernardo, que la sabiduría del mundo es tumultuante y guerrera: *Sapientia mundi tumultuosa est, non pacifica* (1). Es llama elemental, que más arde que alumbra, y en algunos sujetos fuego de pólvora, destinado á herir, y no á brillar. Fácil es descubrir el motivo de estas iras. Los que bravean de este modo no buscan la verdad;

(1) Serm. I, in Nativit. Dom.

pues para lograr este fin, no los estorba quien los contradice, ántes los ayuda. Mas fácil será encontrarla, buscándola muchos y por opuestos rumbos, que pocos siguiendo siempre un camino. Solo atienden á establecer el predominio de la opinión que se la abrazado. En la lid de opiniones, todos los doctos debieran ser neutrales, y casi todos son faccionarios.

No niego que algunos de los que pasan por sabios en el mundo, por falta de reflexión, creen, como si fuera de fe, la doctrina de su escuela: genios superficiales, hombres de mucha frente y poco fondo, láminas en quienes se estamparon como mecánicamente las letras, y es imposible borrar la impresión, porque lo resiste la dureza de la materia. Estos siguen su partido con buena fe, aunque tal vez sea defectuosa la caridad. Pero hay otros, y muchos, que impugnan las opiniones contrarias, no por falta de reflexión, sino por sobra de política. Saben bien que los necios son infinitos, y que á todos los que lo son persuade más el estrépito de las voces que la fuerza de los discursos. El ignorante que oye á un filósofo tratar con vilipendio el ingenio y doctrina de otro, aprende como superioridad de talento lo que sólo es exceso de orgullo, y juzga que logra la victoria aquel campo donde truena más la artillería, aunque se lleve el viento toda la carga. Sobre este supuesto se aprovechan los eruditos de la credulidad de los indoctos, y despreciando cuanto dicen sus contrarios, hacen que en las gacetas que se esparcen al vulgo de la república literaria, suene como victoria verdadera un triunfo imaginario.

Adonde se descubre más esta maliciosa política, es en la acusación, que recíprocamente se hacen los filósofos, de ser sus doctrinas incompatibles con los sagrados dogmas. No es dudable que puede haber opiniones filosóficas, de que se tiren consecuencias contra las doctrinas reveladas; y así, se debe corregir la temeraria presunción de aquellos que, con el título de estar el objeto de la filosofía sujeto al imperio de la razón, pretenden una libertad sin límites en filosofar; pero el empeño en que todos se ponen, de que la filosofía que impugnan está mal avenida con lo que dicta la fe, muestra que en estos se procede con el mismo motivo de algunos príncipes, que, siempre que hallan escotadura para ello, hacen en sus manifestos la guerra que emprenden causa de religion. No hay filósofo que no pretenda que las estrellas, como un tiempo contra Sisara, militen contra el jefe del partido opuesto, y juzga llevar, como decia de Héctor Ajax Telamónio, la deidad interesada en su defensa:

*Hector adest, secumque Deos in prælia ducit* (2).

## § V.

No se descuidaron los filósofos de este tiempo en herirse unos á otros por este lado. Los aristotélicos, luego que aparecieron las filosofías de Renato Descartes y Pedro Gasendo, sobre acusarlas de sospechosas por nuevas, notaron en la doctrina de Gasendo ser la misma del impío Epicuro, y á la de Descartes impusieron el feo borron de conducir el espíritu al ateísmo,

(2) Metam., lib. XIII.